

C&M: Culture and Museums International Tech Forum 2023

Ecosistemas culturales en la era digital. Hacia el uso reflexivo y crítico de las tecnologías digitales

19-20 junio, 2023

Lectura de conclusiones

Nuria Rodríguez Ortega
Universidad de Málaga

Un campo de problemas no existe *per se*. Este solo viene a la existencia cuando un conjunto de preguntas lo demarca y lo instituye como tal. Así pues, no hay nada más crítico que la capacidad de formular las preguntas adecuadas con las que delimitar un campo de problemas significativo.

1. Interdefinibilidad y ecosistemas complejos

A lo largo de las dos jornadas de trabajo del C&M 2023, nos hemos preguntado cómo se configuran, funcionan y se transforman los ecosistemas culturales en la era digital. Al adoptar como centro de reflexión el concepto de ecosistema cultural, este año hemos querido trascender la noción de museo o de entidad cultural particularmente considerada. Nuestra intención ha sido explorar (o problematizar) un ámbito más amplio en el que los museos y las instituciones culturales se integran en un entramado de relaciones múltiples que, además de lo propiamente cultural, involucra el medio físico-biológico, el sector productivo, la organización social, la economía y, por supuesto, la tecnología. De hecho, si algo hemos vuelto a constatar en este foro es que las divisiones categoriales tradicionales entre lo humano, lo maquínico, lo biológico, lo cultural y lo natural se encuentran diluidas en un ensamblaje de entidades entrelazadas que coexisten en relaciones simbióticas y en sistemas interconectados. En esta renovada ontología, la tecnología se nos presenta como el hilo que liga y entrelaza en una malla de relaciones la diversidad de entidades que la constituyen. Por tanto, únicamente desde los marcos conceptuales que nos proporcionan las teorías de la complejidad y mediante un enfoque posantropocéntrico, pueden abordarse los retos, problemas y oportunidades que el campo cultural enfrenta en una era caracterizada por una creciente hipertecnificación y ultradigitalidad.

Pensar en términos de ecosistemas complejos implica poner en el centro del debate algunos conceptos fundamentales, como la no-linealidad, la indeterminación o la emergencia. Sin embargo, en estas conclusiones —por necesidad, breves—, quiero destacar especialmente uno de ellos. Me refiero al concepto de interdefinibilidad, que ha estado sobrevolando de manera implícita las reflexiones de este foro.

Como ya advirtió Rolando García (2006) hace tiempo, la complejidad de los sistemas —sean culturales o de cualquier otro tipo— no radica ni en la heterogeneidad de las entidades que lo conforman ni en las relaciones múltiples que estas establecen entre sí. La complejidad surge de «la mutua dependencia de las funciones que cumplen los elementos dentro del sistema y de la capacidad, por tanto, para afectarse entre ellos». Reconocer que la interdefinibilidad es una

propiedad inherente de los sistemas complejos implica considerar, al menos, dos cuestiones importantes.

En primer lugar, significa que, en un escenario caracterizado por el crecimiento exponencial de los procesos de tecnificación, digitalización y computarización, las instituciones culturales deben llevar a cabo un ejercicio de descentramiento —esto es, salir del encapsulamiento de la autorreflexión y la autorreferencialidad— para comprender las transformaciones que estos procesos están operando en todas las dimensiones del sistema: lo social, lo cultural, lo artístico, lo político, lo económico, lo productivo... y preguntarse de qué modo se redefinen o reposicionan en coevolución con estas transformaciones. Un ejemplo claro lo encontramos en las transformaciones que viene experimentando la producción artística desde hace tiempo. Como explicó lúcidamente Christiane Paul en su intervención, el arte digital está remodelando los conceptos de exposición, adquisición y colección, creando una realidad mixta para la existencia del arte que afecta no solo a las estructuras y prácticas que tienen lugar en los museos, sino a la propia definición de qué sea —o pueda ser— un museo de arte en el siglo XXI. Así, la pregunta por la identidad del museo, planteada en un contexto dinámico y cambiante, deviene en una pregunta topológica: ¿cuáles son las características que permanecen inalterables cuando la morfología cultural hasta ahora vigente cambia y cuál es la nueva forma que adquiere la entidad museística en este proceso?

En segundo lugar, la interdefinibilidad presupone el cuidado del otro como parámetro fundamental en la articulación del sistema, pues el otro ya no es un «otro» que me sea ajeno, sino que forma parte consustancial de mi propia definición, estado o posición. En consecuencia, la interdefinibilidad conlleva la asunción de una ética del cuidado, entendida en un sentido amplio como la responsabilidad y el deber que todos tenemos de cuidarnos mutuamente y de proteger aquello que consideramos valioso. En este punto, conviene recordar un asunto capital: «la» era digital no existe en singular. En su lugar, lo que existe es una multiplicidad de «eras» digitales, cada una con sus tiempos y velocidades, problemas, intereses y prioridades, aunque todas interrelacionadas —afectadas— entre sí. No podemos eludir que la tecnodiversidad —con sus correspondientes desequilibrios— también forma parte de la complejidad de los ecosistemas culturales. Por ello, en los debates de este foro se ha hecho especial hincapié en la necesidad de establecer estructuras de solidaridad basadas en la mutualización de saberes y de recursos, y se ha resaltado el imperativo de avanzar hacia un modelo de innovación tecnológica que se distancie de las lógicas rentistas. Este modelo debe convertirse en una herramienta clave para lograr un desarrollo sociocultural y económico no excluyente, horizontal, equitativo, beneficioso para todos y en el que todos puedan participar. En otras palabras, se ha abogado por un modelo de innovación tecnológica, auspiciado por el ámbito cultural, que garantice avances en términos de justicia social y nos ayude a reducir las numerosas brechas digitales que aún persisten y en las que habrá que seguir trabajando intensamente durante los próximos años.

2. Agenciamiento crítico y ético

Dado que las tecnologías no son ni neutras ni inocuas, en mis conclusiones del año pasado afirmé que los museos y las instituciones culturales, en cuanto entidades constitutivamente críticas que son, no podían limitarse a hacer un uso inercial, complaciente o acrítico de las tecnologías. Por el contrario, sostuve que los museos y las instituciones culturales debían asumir como responsabilidad propia el hacer de los procesos de tecnomediación e hipertecnificación cultural un territorio de discusión y de acción crítica. En línea con esta premisa, este año hemos querido profundizar sobre esta cuestión y nos hemos preguntado qué significa hacer un uso reflexivo y crítico de las tecnologías digitales y computacionales en el contexto de los ecosistemas culturales complejos.

Por un lado, parece que existe consenso en que un uso crítico y reflexivo de las tecnologías implica, como mínimo, garantizar que los sistemas tecnológicos que utilizamos sean inclusivos, confiables, precisos, transparentes y se encuentren debidamente creditados. En consecuencia, parece que también existe acuerdo en que un uso reflexivo y crítico conlleva irremediablemente un compromiso ético.

Por otro lado, hemos constatado que una aproximación reflexiva y crítica implica bascular entre la reflexión teórico-crítica propiamente dicha y la propuesta de acciones concretas que tengan —o puedan tener— un impacto efectivo en la configuración de nuestro mundo tecnológico. Para que las entidades culturales ejerzan un cambio real y se conviertan en instrumentos de emancipación, la desarticulación crítica en sí misma resulta insuficiente; es necesario pasar a la acción. Sin embargo, actuar no consiste solo en hacer uso de lo ya dado, sino en reinventarlo, en apropiarse de lo dado para transformarlo y, con ello, avanzar hacia el futuro al que aspiramos. En otras palabras, las instituciones culturales tienen que hacer valer su capacidad de agencia crítica y ética mediante la producción y la reinención tecnológica. Ejemplos notables en este sentido fueron expuestos brillantemente por Hilary Knight en su presentación. Asimismo, tanto Michael John Gorman como Sabine Himmelbasch nos mostraron en sus respectivas intervenciones de qué modo la tecnología puede ayudarnos a lograr una coexistencia sostenible entre los seres humanos y los ecosistemas biológicos a través de una comprensión más profunda de sus interrelaciones mutuas.

Además de estos ejemplos —y otros que no puedo detallar aquí—, me gustaría señalar las siguientes cuestiones relevantes. En primer lugar, un agenciamiento crítico y ético no se restringe a la adopción de tecnologías dominantes o *mainstream* (IA, IoT, *big data*, etc.), supone también —y sobre todo— pensar y actuar en los márgenes de los paradigmas hegemónicos con el objetivo de configurar cosmovisiones tecnológicas diferenciadas. Este planteamiento implica actuar teniendo en mente otro orden de preguntas. Tomemos, por ejemplo, los datos, que nuevamente se han erigido en uno de los temas centrales de este foro. Las tecnologías de *big data* son, sin lugar a dudas, valiosísimas. La analítica de datos nos ayuda, entre otras cosas, a optimizar la gestión interna de los museos, a incrementar nuestro conocimiento sobre los públicos o a expandir las formas de acceso y modos de valorización de las colecciones. Ahora bien, en lugar de pensar los datos de la manera habitual, esto es, como el petróleo que alimenta los sistemas computacionales de IA y de *machine learning*, con sus lógicas operativas basadas en la extracción, acumulación y explotación —de datos—, ¿por qué no emplear la metáfora biológica y pensar los datos como la savia que circula a través de las diferentes comunidades, ligándolas mediante prácticas compartidas de recolección, fermentación e interpretación? Desde un punto de vista estrictamente técnico, el procesamiento computacional es el mismo, pero las concepciones subyacentes en cada caso generan efectos considerablemente distintos en la manera de entender nuestra relación con la tecnología.

En segundo lugar, un agenciamiento crítico y ético entraña hacer del museo un reducto donde puedan subsistir —o resistir— determinadas condiciones que todavía consideramos valiosas para el ser humano. Así, en un tiempo regido por la exponencialidad y la ultrarrapidez, cabe preguntarse por qué no hacer del museo ese lugar donde el tiempo lento que requiere el pensamiento, la reflexión, la contemplación estética y las relaciones profundas sea posible; donde el ensimismamiento, en el sentido orteguiano del término, pueda tener lugar frente a la alteración. Y no me estoy refiriendo con ello a sacar de la ecuación a la tecnología —que sería el camino fácil, aunque absurdo por extemporáneo—. Lo que propongo es imaginar una forma de uso tecnológico que favorezca también una temporalidad lenta —que como seres humanos necesitamos— y no solo la temporalidad acelerada que rige el mundo actual.

En tercer lugar, dado que todo ecosistema cultural se articula —como nos explicó muy bien Pierre Bourdieu— a partir de un conjunto compartido de creencias, saberes, valores e ideas, un

agenciamiento crítico y ético implica preguntarse de qué modo las tecnologías emergentes del hoy afectarán a nuestra comprensión de lo cultural en el medio y en el largo plazo. Es decir, además de explorar qué podemos hacer aquí y ahora con la tecnología actual, también es crucial pensar qué cambios profundos en nuestros sistemas de creencias y de valores, en nuestras formas de comprensión, ocasionarán estas tecnologías. Por ejemplo, podríamos preguntarnos cómo la IA — con sus automatismos— impactará en nuestra comprensión de qué sea un museo en cuanto organización de seres humanos que toman decisiones. O cómo influirán los modelos generativos de IA en los conceptos de creatividad y de obra artística. O cómo transformarán el *blockchain* y sus tecnologías de encriptación el concepto de valor y, especialmente, el concepto de valor estético. También podríamos preguntarnos qué otros valores van a emerger y, por tanto, qué vamos a considerar valioso preservar en el futuro. Esta reflexión no es baladí, pues, a medida que la adopción de estas tecnologías se vaya incrementando en el ámbito cultural, estaremos contribuyendo a que se produzcan estos cambios profundos en nuestros sistemas de creencias y valores.

En cuarto lugar, y dada la capacidad de las manifestaciones culturales para construir narrativas que nos vinculan en cosmovisiones compartidas y objetivos colectivos, un agenciamiento crítico y ético también debe proyectarse en la elaboración de relatos en torno a las problemáticas contemporáneas y en torno al valor/función que adquiere lo tecnológico en la articulación de dichas problemáticas. Esta cuestión cobra especial relevancia ahora que los modelos generativos de IA ya pueden componer sus propias historias. De hecho, una de las narrativas que necesitamos desarrollar con mayor urgencia es aquella que nos ayude a la desmitificación de la IA, de manera que podamos evitar las polarizaciones entre visiones tecnoutópicas y apocalípticas que se han producido en los últimos tiempos y que solo contribuyen a empañar el campo de problemas que resulta significativo abordar. En este sentido, sostengo que el problema que urge acometer no es dilucidar si la IA nos elevará a niveles sobrehumanos o si extinguirá nuestra especie. La pregunta que debemos plantearnos de manera urgente es cómo podemos establecer procesos de colaboración y cocreación hombre-máquina que enriquezcan y expandan nuestra imaginación en lugar de reducirla o empobrecerla.

En quinto lugar, en ecosistemas caracterizados por la interdefinibilidad, el agenciamiento crítico y ético tiene que ser ejercido con y a través de los otros con los que interactuamos; no puede asumirse desde posiciones individuales. En este sentido, y tal y como las discusiones en este foro han puesto de manifiesto, la reinención tecnológica solo será posible en el marco de una indagación transdisciplinaria que aúne experimentación artística, investigación científico-técnica y reflexión teórico-crítica.

3. Ambivalencia de la tecnología

Este año también nos hemos vuelto a preguntar de qué modo las tecnologías digitales y computacionales están transformando la experiencia cultural y cómo influyen en los procesos de participación, creación, cooperación y aprendizaje. Es incuestionable que las tecnologías digitales y computacionales poseen una potencialidad inmensa para arrojar nueva luz sobre la producción artística y la historia cultural en general, y para hacer emerger dimensiones inaccesibles para las capacidades cognitivas del ser humano, que son limitadas. Lo hemos podido comprobar una vez más en las diversas intervenciones de este foro. Sin embargo, también hemos podido constatar que hay problemas que persisten y que amenazan con arraigarse si no se implementan estrategias urgentes para mitigarlos. Me refiero a problemas como los relacionados con la subrepresentación digital de determinados acervos culturales, las desigualdades en las posibilidades de acceso, las disparidades en la financiación de los proyectos o las tensiones entre marcos regulatorios de derechos y las lógicas de circulación y uso propias del entorno digital, entre otros.

Con todo, y siendo estos problemas —que reaparecen una y otra vez— importantes, en estas conclusiones quiero subrayar dos aspectos que, a mi modo de ver, requieren una reflexión pausada por parte de las instituciones culturales.

Diversas presentaciones de este foro nos han permitido constatar que la tecnología puede funcionar como una gran lente amplificadora que nos ofrece una visión magnificada de la producción artística y nuestra herencia cultural. Con y a través de la tecnología parece que vemos y comprendemos más y mejor. La tecnología amplifica las dimensiones de la realidad, nos abre la visión a cosas imposibles de percibir por el ojo humano y nos proporciona experiencias aumentadas. Es cierto. Sin embargo, debemos recordar que las lentes, al amplificar, también distorsionan y algunas difractan. Por tanto, complementariamente al valor que le reconocemos a la tecnología como instrumento de amplificación e iluminación, hay que preguntarse: ¿Qué es lo que resulta irreducible a la computación y a la digitalización? ¿Qué es lo que no puede ser valorado, interpretado, comprendido o conocido de manera digital y computacionalmente? ¿Qué es lo que oscurecen las estrategias digitales y computacionales? Es decir, debemos permanecer en un estado de tensión constante entre lo que las tecnologías computacionales y digitales alumbran y lo que ensombrecen; entre lo que expanden y lo que permanece irreducible a la computación y a la digitalización. El museo, como agencia crítica en torno al desarrollo tecnológico contemporáneo, no puede ser solo un espacio donde explorar las potencialidades y las capacidades de la tecnología —sin duda, muchas—, también debe constituirse en un espacio de reflexión sobre sus límites y limitaciones. En el contexto de una sociedad que parece encaminarse —al menos en las economías avanzadas— hacia la digitalidad total, creo que este es uno de los mejores servicios que el ámbito cultural nos puede ofrecer.

Así pues, cuando nos confrontamos con el uso de tecnologías digitales y computacionales en el ámbito cultural, en lugar de pensar que estas tecnologías nos ayudan a ver más y mejor —pensamiento que, a la postre, nos sitúa en un peligroso lugar de subalternidad respecto de los desarrollos tecnológicos—, considero más interesante pensar que estas tecnologías nos ayudan a ver diferente y que, además, nosotros tenemos la capacidad y la responsabilidad de decidir qué queremos ver diferente, qué es lo que resulta significativo ver diferente. Es justamente en esta capacidad de decidir libremente qué es lo que queremos ver diferente donde reside, a mi parecer, buena parte de la potencialidad heurística, transformadora y emancipadora de las tecnologías digitales y computacionales.

La segunda cuestión que me gustaría señalar se relaciona con el concepto de vínculo, un concepto que me resulta más interesante que el de conexión o el de interacción al implicar un sentido de pertenencia y compromiso. Si uno de los objetivos fundamentales de los museos y de las instituciones culturales es establecer relaciones significativas con los públicos, debemos, entonces, preguntarnos muy seriamente qué tipo de vínculos estamos estableciendo entre las comunidades, los acervos culturales y las instituciones a través de las tecnologías que empleamos. ¿Ayudan estas tecnologías a establecer vínculos duraderos, con capacidad para afectarnos, transformarnos, motivar la reflexión o impulsarnos a la acción? ¿O, por el contrario, se inscriben en las lógicas de lo ultrarrápido, de la emocionalidad epidérmica, del efecto wow pasajero? Creo que esta reflexión es crucial, pues si no somos capaces de establecer estos vínculos que nos afectan y nos transforman, estaremos contribuyendo insensiblemente a la depotenciación crítica y estética del campo cultural y a la disolución del espectador —público, audiencia, visitante—, no solo como sujeto crítico y estético, sino como sujeto en cuanto tal.

De hecho, reconocerse parte de un sistema simbiótico, que funciona como una totalidad articulada, implica poner en el centro el valor de lo colectivo y, por tanto, fomentar y establecer mecanismos y espacios comunes de cocreación, colaboración y participación, espacios donde pueda desarrollarse una inteligencia colectiva basada en la integración de saberes, experiencias y conocimientos distintos —tanto en alcance como en naturaleza— sin que el sujeto pierda su

individualidad. A este respecto, debemos plantearnos con honestidad si realmente estamos construyendo espacios horizontales y desjerarquizados, es decir, si de verdad estamos compartiendo la capacidad de acción y de decisión con las comunidades; si estamos haciendo de la esfera pública que genera el museo en la tecnosfera un espacio de sentido compartido y de acción colectiva, donde el individuo se hace visible y adquiere voz, o si, por el contrario, simplemente estamos configurando usuarios para las tecnologías (dispositivos interactivos, interfaces transmediales, etc.) con las que competimos en un mercado global de recursos digitales.

4. La agenda española

En este foro también nos hemos preguntado qué problemáticas específicas debe enfrentar el ecosistema cultural español en su proceso de transformación digital y en la consecución de los objetivos de la Agenda 2030. Esta perspectiva de reflexión ha resultado esencial por dos razones. Por un lado, si concedemos que es necesario pensar en términos de tecnodiversidad, parece evidente que las problemáticas tecnológicas deban abordarse teniendo en cuenta las particularidades de cada contexto específico. Sin embargo, y a pesar de que esta premisa, así enunciada, parece fundamental, la importancia que se concede a los procesos de internacionalización y exteriorización puede derivar, a veces, en una desatención de las problemáticas propias. Sin renunciar, pues, al establecimiento de sinergias internacionales, es primordial dirigir la atención hacia la generación de estructuras locales de cooperación y reflexión.

Por otro lado, esta perspectiva de análisis nos ha brindado la oportunidad de pensar en términos de translocalidad. A diferencia del binomio tradicional global-local, que postula una relación vertical de integración en la que lo local se subsume en lo global, el enfoque translocal concibe el sistema como una red configurada por múltiples instancias locales distribuidas y en interrelación continua. Este cambio de enfoque es relevante porque conlleva una redefinición del horizonte de problemas. Cuando adoptamos una perspectiva translocal, la cuestión ya no radica en resolver cómo desde lo local nos inscribimos en lo global —una especie de concepto abstracto—, sino en cómo nos relacionamos particular y concretamente con los otros y de qué modo podemos construir entre todos un espacio —horizontal— de convivencia común.

Pues bien, en este contexto de reflexión, han surgido algunas ideas importantes que merecen ser reseñadas. En primer lugar, hemos constatado la necesidad de encontrar un equilibrio entre la diferenciación e individuación que corresponde a unas prácticas culturales situadas y la identificación de unos problemas comunes que puedan servir como marco para la formación de alianzas fuertes a gran escala.

En segundo lugar, hemos comprobado que el compromiso con la sostenibilidad —ese problema común que a todos nos concierne— debe ir más allá de la adopción de acciones concretas, como la mejora de la huella ecológica o el ahorro energético en las organizaciones, pues la sostenibilidad conlleva un cambio de mentalidad, un cambio cultural que afecta a la manera de entender nuestra relación con la naturaleza y a nuestro modo de habitar el planeta. Por tanto, además de la responsabilidad de llevar a cabo acciones sostenibles que puedan resultar ejemplarizantes para la sociedad, los museos también deben asumir la responsabilidad de construir narrativas compartidas de concienciación que contribuyan a esa necesaria transformación cultural.

En tercer lugar, hemos observado que existen contradicciones y conflictos entre el proceso de transformación digital y la Agenda 2030. A este respecto, es necesario recordar que el propio proceso de transformación digital implica un consumo energético significativo, la emisión de grandes cantidades de CO₂ y prácticas extractivas de recursos, entre otras cuestiones controvertidas. Tampoco podemos pasar por alto que las comunicaciones, el almacenamiento y

las transferencias de datos e información, es decir, todo aquello que hace posible la sociedad digital, no se produce en nubes gaseosas, sino que necesita infraestructuras «muy materiales» que también alteran y modifican los ecosistemas. Cómo conciliar la transformación digital con el avance en medidas de sostenibilidad es uno de los principales retos a afrontar en el corto y medio plazo.

En cuarto lugar, hemos reflexionado sobre la importancia de planificar de manera escalada, lo que significa centrarse en aquellas actividades que efectivamente puedan llevarse a cabo, evitando enrocarse en expectativas irrealizables que solo conducen a una sensación de frustración y de fracaso. Una planificación escalada requiere un conocimiento profundo de las organizaciones, de sus capacidades y de las circunstancias del entorno en el que operan.

En quinto lugar, hemos comprobado que, si bien toda agenda implica una delimitación de objetivos y un marco regulatorio, esta circunstancia no anula la confrontación que con frecuencia se produce entre lo deseable —aquello a lo que aspiramos— y las condiciones sociopolíticas y económicas que conforman efectivamente la realidad en la que actuamos. En consecuencia, también nos hemos reafirmado en algo que ya sabíamos: que el cumplimiento de los objetivos de la Agenda 2030 exige un compromiso de todos los actores involucrados. Este compromiso entraña crear y sustentar los mecanismos que impulsen el avance hacia los objetivos propuestos, establecer procesos de certificación que respalden las acciones emprendidas, diseñar y ejecutar políticas públicas adecuadas, planificar y realizar inversiones económicas suficientes, entre otras medidas. Y todo ello debe llevarse a cabo en un entorno de diálogo y discusiones mancomunadas, de manera que todos nos sintamos corresponsables y partícipes en la toma de decisiones.

5. El futuro

En las conclusiones del año pasado, apelé al papel central que las entidades culturales podrían o deberían desempeñar en la conformación de nuestro futuro tecnológico. De hecho, propuse invertir la pregunta sobre el futuro e insté a los participantes a que, en vez de tratar de imaginar cómo podría ser el museo del futuro, se preguntasen de qué modo los museos y las instituciones culturales podrían contribuir activamente a la construcción y modelación de nuestro futuro, un futuro más humano, equitativo, justo y reequilibrado. La conferencia de clausura de Jorge Carrión, en la que ha trazado las claves que definirán el museo del futuro, me da pie a retomar nuevamente la idea de futuro para situarla en el centro de la discusión y de la acción crítica.

Reconozco que poner el foco de atención sobre el futuro no representa una cuestión particularmente original. Pensar e imaginar el futuro, adelantarse a lo que podrá venir en las próximas décadas, constituye una de las vertientes principales de la reflexión filosófica, crítica, artística, científica y tecnológica de nuestro tiempo. La palabra ‘futuro’ se ha vuelto ubicua; aparece por doquier. Sin embargo, dado que la idea de futuro no es neutra, no podemos limitarnos a aceptar sin más los modelos normativos establecidos por las instancias gubernamentales o las visiones promovidas por las corporaciones tecnológicas, con su vocación universalista y hegemónica. Tampoco podemos circunscribir la idea de futuro al espectro de los imaginarios individuales o al horizonte de las expectativas particulares. En cuanto que construcción ético-política, la idea de futuro también requiere ser problematizada y pensada colectivamente. Por eso, urge apropiarse de la idea de futuro para elaborarla desde posiciones alternativas que nos beneficien a todos.

En este contexto, propongo utilizar el futuro como herramienta hermenéutica e instrumento crítico para comprender mejor nuestro presente, pero también para imaginar la humanidad a la que queremos/debemos aspirar en un horizonte de creciente tecnologización; y propongo explorarlo mediante metodologías especulativas, es decir, metodologías que conjuguen un conocimiento

científico-técnico riguroso con la actividad creadora de la imaginación, pues si convenimos que vivimos en sistemas culturales complejos, o lo que es lo mismo, en ecosistemas que se encuentran en transformación continua, que son impredecibles, ambiguos e inciertos en su devenir, entonces la mejor —quizás la única— manera que tengamos de abordar el futuro sea de modo especulativo, esto es, teniendo en cuenta sus múltiples posibilidades e indeterminaciones.

Por lo tanto, en esta era de la razón técnica, caracterizada por la prevalencia de la racionalidad, la cuantificación, la precisión o la predictibilidad, invoco la imaginación crítica de Marina Garcés (2022) y la razón estética de Chantal Maillard (2017) como fundamentos para el despliegue de una acción que sea simultáneamente crítica, indagatoria, creativa y experimental. Una acción que nos ayude a materializar nuevas realidades, nuevos ordenamientos, nuevas formas del ser y del habitar; que nos facilite el hallazgo de formas de vida tecnológicas alternativas a las que consideramos alienantes o basadas en la subalternidad humana.

Decía Ortega (1939) que «solo en una entidad donde la inteligencia funciona al servicio de una imaginación, no técnica, sino creadora de PROYECTOS VITALES, puede constituirse la capacidad técnica». Esta, en mi opinión, es la gran responsabilidad que debe asumir el ámbito cultural en los próximos años.

Bibliografía citada

- Garcés, Marina (2022). «Imaginación crítica». En: Garcés, Marina (coord.). «Ecología de la imaginación». *Artnodes*, n. 29. UOC.
- García, Rolando (2006). *Sistemas complejos. Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinar*. Barcelona: Gedisa.
- Maillard, Chantal (2017). *La razón estética*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Ortega y Gasset, J. (1939). *Ensimismamiento y alteración. Meditación de la técnica y otros ensayos*. Alianza: Madrid, 2015.